

Un Sarcófago casi desconocido.

Notas de mi archivo

por

José Ignacio de Olazábal

En el Museo Oceanográfico, en la parte dedicada a Historia del Mar, están el frontal y cierre de un sarcófago en piedra labrada, que fué el enterramiento que pertenecía al mayorazgo fundado por D. León de Zurco y D.^a María de Aramburu para sí y para sus sucesores. Mayorazgo que, andando el tiempo, fué a parar a D. Juan Antonio de Olazábal Ástigar, caballero de S. M. D. Carlos II de Austria.

Este sepulcro, que se hallaba adosado a la pared de Santa María del Juncal en Irún, fué arrancado de donde estaba al quitar el cementerio del lugar que hoy ocupa la explanada que hermosea la entrada de la expresada iglesia. Fué mandado esculpir y adornar por el General de la Armada del Mar, D. Pedro de Zubiaur, casado con D.^a María de Zurco, Mayorazga de su Casa e hija del anterior matrimonio.

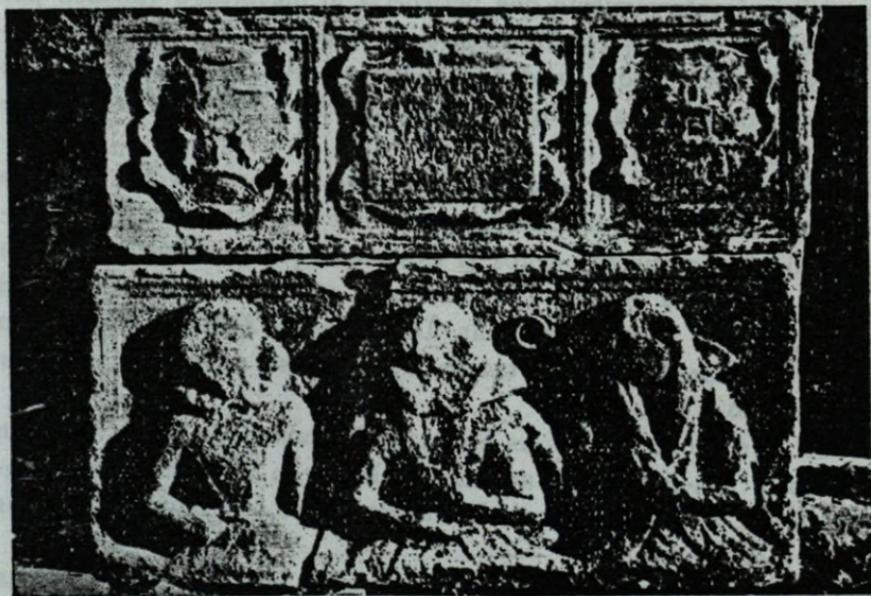
El cierre, ornado con las armas de Zubiaur y de Zurco, tiene en su centro una inscripción apenas legible que, a mi juicio, dice: "Sepulcro del General Zubiaur, María de Zurco, su mujer, y de sus hijos y descendientes".

En el frontal, colocado hoy en el mismo plano que el cierre, llama la atención del curioso visitante la forma en que están dispuestos tres bustos: un caballero y dos damas, ejecutados con fuerte relieve.

A pesar de las injurias del tiempo y de la tosquedad del trabajo, se aprecia, como si el artifice hubiese querido destacar, unas espaldas hercúleas a la par que un airoso y severo continente en el engolado caballero que posa su guantelete de hierro en el hombro derecho de su mujer. Esta señora, situada en el centro del grupo, sostiene en su hombro izquierdo la mano derecha de la otra dama.

Son estas tres figuras las de D. Pedro de Zubiaur, D.^a María de Zurco, su mujer, y D.^a Ana María de Zubiaur Zurco, su hija.

No desciende D. Pedro de Irún, como se ha creído, si tenemos en cuenta lo que nos dice el poseedor del solar Zubiaur, D. Diego de Arana, en 4 de Noviembre de 1638: "...Es D. Pedro de Zubiaur natural de la Anteiglesia de Bolívar, en el señorío de Vizcaya; nació hijo segundo de la Casa y Solar de Zubiaur, la cual se la llevó Don Juan de Zubiaur, su hermano mayor, Caballero del hábito de Santiago, que murió en Cataluña al servicio de S. M..."



Fué este D. Pedro, Varón hazañoso, de temerario valor, de grandes fuerzas físicas y aventajada talla, tanto, que cuando llegó su cadáver de Dover y Lisboa, a pesar de haberle preparado un ataúd de tamaño mayor que el regular, hubieron de serrarle las piernas por la mitad de ellas, ya que el sarcófago no admitía ataúd de mayores dimensiones.

Fué testigo de la inhumación de estos restos D. Juan José de Olazábal y Menárguez, que halló los huesos de las piernas serrados en la forma indicada.

A continuación transcribo la relación de los servicios particulares que hizo D. Pedro de Zubiaur a Su Majestad desde el año 1568, en que comenzó a servirle, hasta el de 1605, en que murió, de la que, aun a riesgo de que parezca larga, nada quiero extractar, para que nada quede en el olvido.

RELACIÓN DE LOS SERVICIOS DEL GENERAL PEDRO DE ZUBIAUR POR ESPACIO DE 37 AÑOS, FIRMADA DE ANTONIO RUIZ DE VELLODO, OFICIAL DE LA SECRETARÍA DE GUERRA DE MAR EN 22 DE DICIEMBRE DE 1627. AUTORIZADA POR MARTÍN DE ARÓSTEGUI, SECRETARIO QUE FUÉ DE ELLA EN 22 DE FEBRERO DE 1692 Y DE DON JUAN BAUTISTA DE ORBEA.

Comenzó sus servicios saliendo de Bilbao el año 1568 con dos zabras, en que llevaba dineros de Su Majestad y de particulares para el Duque de Alba, siguiendo la orden que le habían dado de que procurase arribar a Inglaterra caso que en el Canal le sobreviniese mal tiempo o se viese en peligro de encontrar navíos de enemigos (por hacerse en aquella ocasión la guerra con Francia). Tomó puerto en aquellas islas después de haber peleado en la dicha Canal con CUARENTA NAVIOS de guerra de La Rochela que pasaban con el Cardenal Xatelon y escapándose de ellos sin pérdida alguna. Tuvo luego orden de Don Gueran de Espey, embajador de Su Majestad en aquel Reino, de que no prosiguiesen su viaje, habiendo replicado al dicho Don Gueran y propuéstole los inconvenientes que se podrían seguir de suspenderle (como al fin se siguieron mientras acababan de tomar resolución en lo que convenía). Embargó la Reina de Inglaterra 180 navíos de vasallos de Su Majestad y entre ellos los que llevaba el dicho Don Pedro de Zubiaur, con fin de satisfacer, como satisfizo, con el dinero y demás mercaderías que iban en ellos, a los mercaderes Ingleses de cuyas haciendas se había apoderado el Duque de Alba en Flandes. Prendieron en esta ocasión al dicho General, y en un año que estuvo preso, con su dinero y con el favor de sus amigos, dió libertad a más de trescientos y cincuenta de mil y quinientos marineros que prendieron con él, socorriendo a los demás en todo este tiempo a su costa. Fué este servicio muy particular y considerable por la ocasión en que se hizo y por la suma necesidad en que se vela dicho General. Valía lo que le tomaron más de seis mil ducados. Pasó luego a Flandes, donde sirvió hasta que vino a España por vía de la Inglaterra con ciertos despachos del Duque de Alba para Su Majestad.

El año 1572 fué dos veces a su costa a Inglaterra con orden de Su Majestad, del Presidente y Jueces de la Contratación de Sevilla a procurar

la cobranza de lo que Francisco Draque había tomado en el nombre de Dios y en el río el Chagre. Ocupóse en esto hasta el año de 1574, que con parecer de dicho Embajador se volvió a España, viendo que era imposible cobrar lo que pretendía, habiendo gastado en esta pretensión más de cuatro mil ducados, y todo este tiempo con el cuidado tan solícito que el dicho General ponía en el servicio de Su Majestad.

En el año 1580 volvió a Inglaterra con orden de Su Majestad y de los dichos Presidente y Jueces de la Contratación a procurar la cobranza de dos millones que el dicho Francisco Draque tomó en el mar del Sur; detúvose en esto hasta el año de 1584, que determinó volverse con acuerdo de Don Bernardino de Mendoza, que a la sazón era Embajador. Viendo que no le daban más de cuatrocientos mil ducados. Viendo el dicho Don Bernardino de Mendoza cuán práctico estaba el General Don Pedro de Zubiaur en las cosas de aquel Reino, su grande ingenio, industrias y capacidad. le ordenó que con pretexto de que asistía a la cobranza de los dos millones, fuese avisando a Su Majestad de lo que le pareciese que era necesario informarle ofreciéndole de parte de Su Majestad muchas mercedes, a más de que se le señalaría muy grande sueldo, por ser tan particular este servicio y tan grande el riesgo en que ponía su vida si llegaba a saberse, como llegó por haber suspendido el Duque de Parma la ejecución de una orden, que Su Majestad le envió para que diese trescientos soldados al dicho General, en conformidad de la orden que le había dado el Embajador Don Bernardino de Mendoza.

Dió aviso a Su Majestad, por medio de Don Juan de Idiáquez, de la manera que había de ganarse a Frexelingas, habiéndole respondido que prosiguiese con su intento. Compró para ello dos naves, y es sin duda que se hubiera tomado según lo había trazado y dispuesto el dicho General, mas por haberle entretenido el Duque de Parma mucho tiempo en darle los trescientos soldados que Su Majestad por carta le mandó dar para este efecto, se divulgó el caso y, habiendo llegado a noticia de la Reina, le mandó prender y llevar a la Torre de Londres, donde le dieron continuos tormentos, de que últimamente quedó estropeado, sin que por ellos, ni por muchas promesas que la Reina le hizo, desmayase un punto del valor que siempre había mostrado en el servicio de su Rey. Estuvo preso dos años en la dicha ciudad de Londres; de allí le llevaron a Holanda, donde estuvo preso un año. Su rescate y lo que le tomaron en esta ocasión, llegó a más de diez mil ducados.

Estando asistiendo en Inglaterra a la cobranza de los dos millones que tomó el Draque, se le apoderaron de una nave propia que venía de la India en la Tercera (Isla), debajo del nombre de vasallos del Rey tuvo el daño de treinta y cinco mil ducados. El año de 1588 salió de la prisión sirvió a Su Majestad en Flandes cerca de la persona del Duque de Parma; entre-túvole el Duque en aquellos Estados para que le acompañara en la jornada

de Inglaterra. El año siguiente le ordenó que fuese desde Dunkerque a Inglaterra con tres navios de guerra, para traer a España los prisioneros que habian quedado de los que tomaron en el galeón de don Pedro de Valdés y en las demás naos de las Indias. Fletó una urca y trájoles todos a La Coruña; quitáronle los ingleses la artillería de bronce que llevaba, diciendo que era de la galeaza que se había perdido en Calais y que les pertenecía como cosa adquirida en la guerra y por ser una de las joyas que su Reina más estimaba. Escribió a la Reina sobre ello y sin esperar respuesta embarcó su artillería y los prisioneros que había de traerse, sin que fuese posible que saliese del puerto hasta haberlo hecho, y aunque con cinco galeones que había allí intentarían los ingleses que saliese sin la artillería, se resolvió a embestir contra ellos primero que dejarla, con determinación de traérselos a España en caso que prosiguieran con su intento, y sucediera sin duda, si, conociendo la resolución de su ánimo y el acierto de su prudencia, no mandaba la Reina que se le volviera la artillería, porque tenía ya convocada toda su gente, ya resuelta en dar el asalto aquella noche, resolución tan bizarra que sólo pudiera prometerse de quien, sin otro fin que el del servicio y nombre de un Rey, supo en tantas ocasiones aventurar su vida y su hacienda.

El año siguiente de 1590 le ordenó en El Ferrol Don Alonso de Bazán, que entonces era General de la Armada, que con tres felibotes de guerra fuese a las Islas de Bayona a hacer escolta a los navios que venían con bastimento. En esta ocasión encontróse con catorce navios de Lauderes y peleó con ellos tan valerosamente que tomó siete, rindiendo a los cinco con sola su capitana. Volvió a El Ferrol y el dicho Don Alonso de Bazán le ordenó que volviese a las Islas de Bayona con siete felibotes a traer artillería, armas, pólvora, cuerda y otras municiones. A la vuelta, ouarenta millas a la mar sobre Mugia, se encontró con nueve galeones de la Reina; embistió con ellos, trabándose la escaramuza tan fieramente que duró sin cesar desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde, peleando él solo lo más de este tiempo con un felibote que le había quedado a causa de haber arribado los demás por estar desaparejados e irse a fondo. Duró el combate hasta que le hicieron pedazos y desaparejaron el navio en que estaba. Viólo el dicho Don Alonso de Bazán, dió cuenta a Su Majestad del caso, suplicando hiciese merced al dicho General Don Pedro de Zubiaur por tan particular servicio. Respondió Su Majestad que le haría merced, encareciendo lo bien servido que se hallaba por Don Pedro.

El dicho año de 1590 fué a Bretaña con catorce felibotes en que llevaba a Don Juan del Aguila y a su gente; mandóle Su Majestad que se detuviese allí mientras se informaba de lo que iba haciendo y que, informado, volviese a España a dar aviso a Su Majestad de todo y a llevar bastimentos, dinero y municiones, que llevó diversas veces andando ocupado en esto; hizo muchas presas de navios enemigos, rindiendo los más de ellos por

fuerza de armas, y con seis felibotes de guerra que traía embistió a una flota de cuarenta navíos que venían de Burdeos, y peleando con ella les tomó siete navíos ingleses. En otra ocasión entró un día al amanecer con cinco felibotes solos por una flota de cuarenta navíos ingleses que iban a La Rochela, y abordando a la capitana la quemó; a esta sazón llegaron otros cuarenta navíos ingleses, con seis de guerra que enviaba entre ellos la Reina a Burdeos en favor del Rey de Francia; no bastó este socorro para que no les tomase tres navíos, y a no llegar tan a tiempo, de creer es se llevara la mitad de la flota, pues siguió la victoria, después de haberle reto toda la arboladura de su bajel y héchole piezas por mil partes con los muchos balazos que le dieron. No son sucesos éstos que pueden referirse sino sólo a Dios, pues no caen en poder, valor e industria humana, digna ponderación de hazaña como ésta, pues no acaban de admirarla y en Inglaterra no tiene ejemplo ni encarecimiento con otros que salgan del sujeto de ella.

El año siguiente de 1592, estando en el Pasaje, le mandó Su Majestad que con quince navíos en que estaban embarcados quinientos soldados, fuese a Burdeos a socorrer el Castillo de la Plaza, de que era Gobernador Monsieur de Lusan, porque estaba sitiada por tierra y cercada por mar de seis galeones de la Reina que había enviado para este efecto. Viéndose el dicho General empeñado a seguir la orden de Su Majestad, le dió por una parte y por otra contra los flacos bajeles. Entró en Consejo con el Almirante Villaviciosa y sus capitanes, y habiéndose resuelto a que se diese el dicho socorro, que embistiese a los galeones de la Reina. Embistió Don Pedro de Zubiaur con sola su capitana a la capitana del enemigo, que era un galeón tres veces mayor que la capitana de dicho General, y abordando con ella la echó a fondo sin que quedasen cuatro de cuantos iban en ella; mataron en aquella refriega al General inglés, que se llamaba Wilques. Tomóse la Almiranta inglesa, quemándose cuantos iban en ella; pasada ésta y metido el socorro, recogió sus bajeles y la artillería del enemigo. Poco después se descubrieron catorce navíos de guerra de La Rochela con dos mil mosqueteros y se pusieron al paso por donde era fuerza que saliese el dicho Don Pedro de Zubiaur. Asimismo vinieron de Burdeos seis mil tiradores con más de cuarenta bajeles, pero animándose el dicho General Zubiaur, al paso que a otro se le cayeran las fuerzas, por haber quedado muy mal parados y ser tantos sus enemigos, embistió con todos ellos con gran valor y se escapó de todos sin pérdida alguna; dióse aviso a Su Majestad de este suceso, y aunque hacían poca novedad, por ser tan ordinario, por ser éste tan particular y caer sobre tan grande victoria y en ocasión de tanta importancia, recibió Su Majestad la nueva con especial gusto y con general aplauso de todos.

De vuelta de este viaje, estando en el Pasaje de San Sebastián, supo que en Bayona de Francia había cuarenta bajeles de ingleses y flamencos

que andaban provocando a los españoles. Pidió licencia a Su Majestad para buscarlos por ocho días; habiéndosele concedido, salió con cinco navíos a primero de junio; encontrólos, peleó con ellos, tomó ocho navíos ingleses y el ocho de dicho junio volvió al puerto. Sólo quien tuvo tan rendida la fortuna a su valor, pudo obligarse a dar a Su Majestad esta victoria y a cumplir su palabra en cosa tan incierta, y cuando no hubiese hecho más en el discurso de su vida, se ve bien que merece que honre por ella la memoria de tan gran soldado.

En este tiempo le ordenó Su Majestad que fuese a la mar de Gízada a juntarse con Rodrigo de Orozco, que había salido de Lisboa con dos mil hombres, y que haciendo un cuerpo de armada de los bajeles del dicho Orozco y de los suyos, pasase a Plavet, desembarcase la gente y volviese a España. Hízolo todo con la puntualidad y desvelo que acudía siempre a ejecutar las órdenes de Su Majestad. El año de 1595 fué a Bretaña con el dinero para Don Juan de Aguila, trajo a Don Diego Brochero y volvió a' Pasaje; después fué a Lisboa con sus galeones y otros navíos que le mandó entregar Su Majestad a Don Bernardino de Avellaneda para ir a las Indias. Hecho esto le mandó Su Majestad que fuese a la Rentería de Oyarzun y ayudara a la fábrica y apresto de los seis galeones que entonces se hacían, embarcándose en estos navíos algunos soldados del tercio del Maestro de Campo Don Fernando Girón y con ellos el dicho Don Pedro de Zubiaur pasó a Bretaña por dos mil soldados. Volvió a Santander, luego fué a las islas de Bayona, aguardó allí al Adelantado de Castilla, con cuya orden fué a El Ferrol.

Luego le ordenó el dicho Adelantado que con algunos navíos de guerra saliese a correr la costa y a limpiarla de los navíos enemigos que andaban en ella. Volvió al puerto con algunos navíos de diferentes presas de trigo y otros bastimentos de que en la armada real había necesidad. Volvió a salir y habiéndose derrotado con una gran tormenta los navíos que sacó, se vino a hallar con sólo su capitana, que era un felibote de doscientas toneladas. Tomó con él un navío Inglés de guerra y la nao de Juan de Leroyal, que era de doscientas toneladas y que días antes la habían tomado los ingleses cargada de hierro, con haber dentro ochenta hombres de guerra que la defendían y haber peleado tres días con ella, porque la grande mar no dió lugar a abordarla en todo aquel tiempo. Tomó también un navío inglés que iba en guardia de la dicha nao. Todo este año se entretuvo en limpiar la costa andando de corso en ella.

El año de 1596, yendo a Bretaña a traer infantería, se le rompieron los árboles al galeón "San Agustín". Arribó a Santander y para suplir esta falta se hubo de valer de dos navíos suyos de guerra, el uno nuevo, de doscientas cincuenta toneladas, que con su artillería le estaba en cinco mil ducados; el otro era de cien toneladas, muy bien artillado y valía más de dos mil ducados. Llegó a El Ferrol y como el Adelantado viera que eran

tan buenos bajeles, hizo que se recibiesen a sueldo, y luego lo envió fuera a correr la costa y andar de corso. Perdiéronse con una gran tormenta, el uno en el lugar de Fuenterrabía y el otro en las islas de Bayona, sin que escapara cosa alguna de ellos ni se le hubiese dado a cuenta de sueldo nada. Hizo merced Su Majestad al dicho General y a su gente de una Cédula Real de diecisiete mil ducados que había valido lo procedente de las presas de los navíos de dicho General; de estos diecisiete mil ducados los doce mil eran de la gente de su escuadra y suyos, mas como Su Majestad hizo merced del quinto que había de satisfacer al General, no hubo de que hacerse pago, y como el General satisfizo a su gente, fue forzoso que quedase empeñado, porque de otra suerte no pudiera tenerlos en pie para las ocasiones que se ofrecía. Del sueldo que ganó en Bretaña en los felibotes se le deben dos años a mil novecientos ducados, y aunque presentó certificación de ello y lo pidió en Consejo de Guerra y Hacienda, no se le ha pagado.

El año de 1597 fué a la jornada que el Adelantado hizo a Falamúa, y como después arribó a La Coruña, ordenó Su Majestad que aprestase cuarenta bajeles y que, embarcando en ellos cuatro mil infantes, fuese a Flandes. Aprestólos en muy poco tiempo y embarcó la gente; pero habiendo salido a hacer el viaje le obligó a arribar el mal tiempo. Dióle en esta ocasión un tabardillo que estuvo a la muerte, y por no poderse embarcar ordenaron al General Martín de Bertendona que fuese con aquella armada. Levantóse de esta enfermedad, salió a correr la costa, anduvo en ella de corso haciendo varias presas y habiendo quedado solo por haberse derrotado con ella sus navíos, encontró una noche, dadas las doce, al Conde de Cumberland con toda su armada inglesa, que iba a tomar Puerto Rico, y después de haberle reconocido y contados todos sus navíos, se escapó de entre ellos. Fué luego a Plavet con tres felibotes a hacer arrasar el fuerte y retirar la gente, artillería, armas y municiones que allí había, por haberse hecho ya las paces con Francia; hecho esto, fué a las islas de Bayona. Ordenóle entonces Su Majestad que fuese a Cádiz. Llegó a Cádiz habiendo tomado de paso algunos navíos de enemigos. Estando en Cádiz llegó aviso de que los ingleses habían tomado a Puerto Rico. Ordenóle Su Majestad que fuese a Sevilla y se viese con los oficiales y Jueces de la Casa de Contratación en orden a aprestar una armada. Fué, aprestóla y embarcó en ella la gente del Maestre de Campo, Rodrigo de Orozco, para echar de allí al enemigo, y estando ya de partida para hacerlo llegó aviso cómo el enemigo se había retirado. Ordenóle Su Majestad que entregase la armada que había aprestado a Don Francisco Coloma, para ir por la plata y oro que había de traerse de las Indias aquel año.

Luego le ordenó Su Majestad que aprestase una armada de treinta y cuatro bajeles; aprestóla, y después de haber embarcado en ella mucha gente, fué a La Coruña, sin que se le perdiera un vajele y conservando la

gente en la salud con que se embarcó. Juntóse con la Armada Real en que fué de Adelantado a la Tercera; corrieron en este viaje una gran tormenta, perdiéronse dos galeones y algunos pataches y carabelas, desbaratóse toda la armada, rompiéndosele arboles a los más galeones; tuvo en esta ocasión particular cuidado con la Capitana Real, y por salvarla se vió a gran peligro de perderse, por estar su galeón dentro del agua desde la banda de estribor hasta la Plaza de armas, y a no haber acudido con tantos remedios y trazas para enderezarle, fuera imposible no perderse. De lo mucho que trabajó en esto, especialmente de haber estado mojado todo un día sin mudar de vestido, le dió una enfermedad de que le juzgaron todos por muerto; habiendo cobrado salud y venidose a la Corte el Adelantado, le dejó encargado la Armada. Acudió al apresto de ella y habiéndole pedido la Contratación siete galeones, tuvo que devolverlos aquel año para la plata; se los entregó aparejados de vergas en alto al General Marcos de Aramburu, que fué con ellos. Volvió el Adelantado y ordenóle que con siete navíos de guerra saliese a correr la costa de Berbería hasta el Cabo de Guer en busca de navíos ingleses. No halló ninguno; fuese a las Islas de Madera; se encontró con ellos; entráronsele en la isla; los naturales de ella se le defendieron para tratar y contratar con ellos libremente. Hizo información de ello, que envió a Su Majestad. Fué después a la boca de Lisboa, tomó dos navíos de enemigos que valían más de cincuenta mil ducados y enviólos al Adelantado conforme a la orden que tenía. Volvió al Estrecho de Gibraltar, detúvose en éste setenta dias, aunque no llevaba bastimentos más que para cuarenta; mas con la buena orden suplló la falta y trajo su gente buena y sana, fuera de un capitán de vajel y algunos soldados que mataron estando peleando. Tuvo el Adelantado aviso en el Estrecho de Gibraltar había muchos navíos enemigos. Ordenóle que, aparejando once de los suyos, le saliese al encuentro; salló y tomóles cinco vajeles de holandeses cargados de mercadería y enviólos a la bahía de Cádiz para que los repusieren. Los oficiales de Su Majestad que había enviado el Adelantado, eran tan buenos que a toda la gente de mar y tierra se les dió cinco pagas y media de lo procedido de ella.

Con los dichos once navíos fué a Lisboa a juntarse con Don Diego Brochero; ayudóle a aprestar la Armada con que partieron a Irlanda; arribaron a La Coruña por no poder tomar puerto, aunque hicieron extraordinarios esfuerzos por tomarlo. Volvió de La Coruña a Irlanda y penetró en un puerto que llaman Castelabón. Los navíos que llevaba eran seis de holandeses, dos franceses de veinte toneladas y dos escoceses pequeños. Habiendo sabido el enemigo que Zubiaur estaba en aquel puerto con poca fuerza de navíos y gente, vino con siete galeones y otros navíos de la Reina; peleó con ellos, echándole a fondo un navío francés, otro holandés y haciéndole mil piezas la Capitana a cañonazos. Viéndose perdido, metió la artillería en tierra y peleó de manera con ellos, que los desbarató, des-

aparejándoles los navios, matándoles mucha gente y últimamente obligándoles a que se fuesen, dejando los cables, anclas y vajeles, porque sólo a la Capitana le dió en el buque más de trescientos y cincuenta balazos. Matáronle en la refriega a su lado, un sobrino de veintidós años, Capitán de un vajele, y ahogáronle otro. Pasado esto y habiendo roto los enemigos a los Condes Irlandeses, uno de ellos, llamado O'Donell, con otros Caballeros Irlandeses, vino a Castelaón donde estaba el General Zubiaur, y juntamente con él se embarcó en un navio escocés de los dos que había llevado para venir a España para pedir socorro; tuvieron tan grande tormenta, que les llevó las velas el viento, y para salvarse quisieron los pilotos arribar a Cork, que estaba por el enemigo, mas Don Pedro Zubiaur resolvió reparar en la mar, aunque fuese con peligro de perderse; salvóse, vino a Luarca en Asturias y de allí a La Coruña.

Mandóle Su Majestad que aprestase el galeón "San Felipe" con otros diez navios; hizolo y salió en busca de Don Diego Brochero; juntóse con él en la isla de Bayona; anduvieron corriendo la costa hasta el mes de septiembre, que entraron en Lisboa, y dejando allí al dicho Don Diego, salió Don Pedro de Zubiaur con nueve navios en busca de los galeones de la plata y naos del Brasil para venir haciéndoles escolta por causa de los enemigos, que los estaban aguardando en el Paraje por donde habían de venir, y con un temporal deshecho arribó al Cabo de San Vicente y en tres de noviembre tomó un patache de los galeones de la Reina con cincuenta hombres; supo de cómo había tres meses que estaban en el Cabo de Santa María cinco galeones de la Reina con otros navios que aguardaban a los galeones de la Plata; luego dió aviso de esto a Su Majestad, al virrey de Lisboa, Duque de Medina y Presidente de la Contratación de Sevilla, y habiéndole venido una gran tormenta, entró en Lisboa a calorze de noviembre. Dióse tanta prisa, que desde el quince al veintiséis de noviembre aprestó una armada de dieciocho navios, salió con Don Diego Brochero y a dos de diciembre encontráronse con los galeones de la plata, que no fué poca suerte; acompañáronles hasta Cádiz. Don Diego volvióse a Lisboa, y Don Pedro de Zubiaur se quedó allí a traer los bastimentos que estaban en el Puerto de Santa María.

En los cinco felboles y dos galeones partió de Cádiz a siete de noviembre y entró en Lisboa a primero de enero, en que le ordenó Su Majestad viniese a la Corte. Quedósele a deber del sueldo que ganó desde el año de 1592 hasta el de 1603, cuatro mil doscientos cincuenta ducados, del sueldo de un navio suyo que sirvió en la armada, novecientos ocho escudos; diósele certificación el año de 1598 y aunque pidió se lo pagasen, no se le pagaron. De otro navio que sirvió en las jornadas que se ofrecieron en estos tiempos se le quedaron debiendo mil setecientos escudos.

El año de 1605, llevando a Flandes en siete vajeles la infantería del Maestre de Campo Don Pedro Sarmiento, encontróse en aquellas costas con

más de sesenta navíos holandeses, y habiendo peleado con ellos, desbaratólos y matólos mucha gente, echando algunos a fondo; se retiró a Dobra, puerto de Inglaterra, donde murió por agosto del dicho año de 1605.

Como ves, lector, dado el olvido con que reyes y compatriotas han pagado sus hazañas, bien pudo haber grabado en el sepulcro que estos renglones motivan, la que el Cardenal Portocarrero hizo esculpir en su lápida mortuoria, en la catedral de Toledo

PULVIS CINIS NIL

